

nacionales y de coyuntura del tiempo presente para situar el proceso hacia un final dialogado de la violencia que concluye en la desesperanza. Incluye un epílogo que presenta la cronología de las 825 víctimas de ETA entre 1968-2008.

A treinta años de vigencia del Estatuto de Gernika confluyen en Euzkadi autonomía política, foralidad y régimen fiscal concertado; el deber ético y profesional de los historiadores es contribuir, como así lo hace Segura, mediante una reflexión serena a comprender la complejidad de la sociedad vasca que no ha podido todavía afirmar de manera plena y definitiva la convivencia en libertad. En definitiva, una comprometida aportación a la historia del presente.

Montserrat Duch Plana

FRANCISCO VEIGA

El desequilibrio como orden. Una historia de la posguerra fría, 1990-2008

Alianza Editorial, Madrid, 2009, 536 pp.

ISBN: 978-84-206-8264-8

El último libro publicado por el profesor Francisco Veiga, que reseñaremos a continuación, constituye una oportunidad magnífica para hacer un pequeño balance introductorio sobre los estudios de carácter internacional de nuestra reciente historiografía contemporánea. El abajo firmante no ha pensado, ni por un momento, dejarlo escapar. Pongamos, pues, manos a la obra.

La revisión de los planes de estudio que se llevó a cabo en la universidad española a finales de la década de los años ochenta supuso, para la producción editorial de consumo universitario sobre la historia internacional del siglo XX, una oportunidad única para la eclosión. Después de décadas de marasmo sobre la historia del siglo que ya moría —con poco más que traducciones de manuales, gloriosas excepciones al margen—, oculto tras la máscara perversa de la «falta de perspectiva», la carrera parecía abierta para políticas inteligentes de traducción de monografías y para la producción propia sobre algo que no fuera la historia de España. Desde luego, la «falta de perspectiva» parecía no afectar a sociólogos, politólogos y periodistas,

como tampoco a historiadores de otras latitudes: no era necesario inventar nuevas justificaciones. Caba, pues, la posibilidad de pisar a fondo el acelerador en lugar de seguir constatando el escaso peso de la producción sobre temas internacionales contemporáneos en la universidad española, algo que resultaba lamentablemente cierto en esos años. Desgraciadamente, esa oportunidad fue aprovechada sólo a medias. Ni que decir tiene que esa falta de producción se vio desmentida en poco más de una década, con resultados desiguales; pero en materia de publicaciones de amplio alcance, aptas para el consumo de públicos no hiperespecializados —es decir, fuera del formato tesis doctoral—, no se llegó mucho más lejos que a lanzar al mercado una nueva tanda de manuales y obras de síntesis —de nivel variopinto—, algunas sospechosamente tituladas como alguna de las nuevas asignaturas troncales aprobadas poco antes —destacadamente, Historia del mundo actual.

Una de las meritorias excepciones llegó en 1997 de la mano de Francisco Veiga y Enric Ucelay Da Cal, con la colaboración de Ángel Duarte, con la publicación del magnífico ensayo interpretativo *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría, 1941-1991* (Alianza Editorial). Aparte de como ensayo, para la discusión y la producción de monografías temáticas o cronológicas parciales sobre el período representado, la obra ha funcionado y funciona como un excelente manual. Doce años después, las sucesivas reediciones de la misma nos hablan de su merecido éxito entre el público universitario. Ahora, uno de sus responsables nos ofrece un ensayo que actúa como continuación lógica de aquel, como explicita su subtítulo (*Una historia de la posguerra fría, 1990-2008*), y como salto cualitativo sobre las reflexiones meramente coyunturales que sobre el presente más inmediato nos asaltan desde los escaparates de algunas librerías y desde una mayoría de medios de comunicación cotidianos.

El profesor Veiga nos propone un viaje que lleva del sueño del *New World Order*, así como fue formulado en su momento por el aparato propagandístico-político del presidente George Bush (1988-1993), a la pesadilla de las secuelas políticas, militares y económicas de haber intentado establecerlo unilateralmente por parte de su

administración y, especialmente, de la de su hijo George W. Bush (2001-2008), pese al interregno demócrata de William Bill Clinton (1993-2001). Desde luego que no se trata de ningún ajuste de cuentas de posguerra fría para con los Estados Unidos, como maliciosamente se podría pensar, por mi presentación. Precisamente se trata, para el autor, de explicar y de relatar cómo la existencia de otros protagonistas frustró las perspectivas para un nuevo siglo que no podía ser solamente americano —como habían pronosticado desde cierto *think tank* de pretencioso nombre (Project for the New American Century), al que pertenecían no pocos altos cargos de la última Administración republicana hasta la fecha (como Donald H. Rumsfeld, Richard B. Cheney o Paul D. Wolfowitz).

El autor nos emplaza a un recorrido sobre el período propuesto en el que contrasta aquello que «fue noticia» de modo principal, junto con las interpretaciones que mereció, al lado de aquello que no lo fue o pasó más desapercibido, pero que no por ello tuvo un papel menos decisivo en la construcción de un nuevo orden. Un orden que nos describe como fundamentalmente «desequilibrado», por contraste con aquello que, por un lado, proponía la megalomanía de los neocom y, por otro, parecía tranquilizar la conciencia de una mayoría de europeos —tanto analistas como consumidores de análisis— por el mero hecho de que correspondía a una evolución «lógica» de posguerra fría, en tanto en cuanto proponía un colosal y globalizado *happy end* para el «bando occidental».

Hoy produce cierto sonrojo, incluso aunque se trate fundamentalmente de vergüenza ajena, recordar cómo fueron acogidos los sucesos que dieron fin a la existencia de algo conocido como «la Europa del Este»: primero, desconcierto por no haber sabido interpretar ningún indicio previo, luego suficiencia una vez establecida una explicación «victoriosa» para el fin de la Guerra Fría y otra al uso para explicar cómo iba a ser la posguerra soñada: un sueño del que estaban ausentes amplias zonas del mundo, tal y como si la Guerra Fría, entendida como período y no como acontecimiento, se hubiese vivido únicamente en el escenario central europeo y norteamericano. Sonrojo que proviene fundamentalmente, tal y como el autor

señala, de reconocer, desde hoy, que esa suficiencia fue el producto de idealizaciones, delirios de futura grandeza y manifiesta incapacidad para interpretar la realidad fuera de los corsés diseñados durante la propia Guerra Fría. Porque la Guerra Fría había sido, además, una forma de entender el mundo: una verdadera ideología con variantes según el alineamiento previo de cada uno.

En el terreno del hundimiento del «socialismo real» en Europa del Este el profesor Veiga se siente especialmente cómodo. Sus conocidas incursiones en el mundo «balcánico» (*La mística de l'ultranacionalisme. Història de la Guàrdia de ferro, Romania, 1919-1941*, 1989; *Els Balcans: la desfeta d'un somni, 1945-1991*, 1994 y, especialmente, *La trampa balcánica*, 2002) y su experiencia personal como analista de actualidad sobre la zona, principalmente a mediados de los noventa, le permiten arrojar luz sobre el conjunto de conflictos yugoslavos —y no sólo yugoslavos— que contribuyeron de forma decisiva a hacer olvidar el *happy end* anunciado y a temer por su expansión hacia otros puntos de Europa. No se trató, como hubiera querido el multipremiado, en su momento, Hermann Tertsch, de ningún tipo de venganza de la historia, sino de un problema múltiple de encaje en la «Europa única» emergente, que nadie se esforzó en solucionar y, en cambio, que no pocos se complacieron en jalearse.

Si el primer bloque de la obra se detiene en la frustración del final feliz de la Guerra Fría, con su delirante desarrollo en forma de genocidio en Ruanda, Chechenia y Bosnia, para cerrar un primer período (1990-1995, pp. 57 a 146), el segundo bloque está íntegramente dedicado a algo que no había sido hasta ahora objeto de atención especial por parte del autor en obras anteriores: esto es, los cambios económicos y sociales y sus consecuencias para la percepción y vivencia del mundo por parte de sus habitantes. El fenómeno conocido como «globalización» es sometido a revisión a través de crisis e ingeniería financieras, la emergencia de internet, el incremento de los flujos migratorios internacionales y el desarrollo, en general, de nuevas tecnologías a caballo entre el control y la comunicación. Todo ello sazonado con la guerra de Kosovo y las internacionalizadas guerras africanas del fin de siglo, para

concentrar en un segundo período (1996-2000, pp. 149 a 291) una narración sobre lo que pudo parecer una estabilización y un control fuerte, por parte de los EE.UU. de Bill Clinton, de los inesperados problemas de postguerra fría. En este marco, no se encuentran ausentes ninguno de los fenómenos que hoy damos por sentados pero que en su momento no fueron suficientemente valorados: la emergencia de nuevas potencias económicas, al menos en ciernes (China, India, Brasil), el resurgimiento, con nuevos protagonistas, del «Gran juego» por el dominio de Asia Central, destacadamente.

El tercer y cuarto períodos (2001-2006 y 2006-2008, pp. 295 a 450 y 453 a 513) conducen primero a la emergencia de una nueva realidad de terrores cotidianos que hicieron revivir la lógica binaria, aparentemente enterrada con la URSS, pero con el Islam ahora en frente —o el terrorismo islamista según algunas formulaciones más prudentes. El final es una invitación a ubicarse en el caos organizado —lo que el autor moteja de «desequilibrio como orden»— de la constatación de la inexistencia de enfrentamientos realmente binarios (¿existieron realmente alguna vez?), tras el sangriento episodio de Irak, y del hundimiento económico que sucedió a las distintas burbujas financieras y empresariales en general, del que aun hoy no hemos conseguido salir.

Aunque Veiga asegure tener la conciencia cierta de que su trabajo, por presentista en cierto modo, pueda verse pronto superado, quien firma estas páginas no pude dejar de exclamar —visto lo visto en los últimos tiempos— que esa breva no caerá.

Martí Marín Corbera

RICARD VINYES (ed.),

El estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia, Barcelona, RBA, 2009, 637 pp., ISBN 978-84-98675-75-7.

Ha hecho falta reunir en un grueso volumen a una veintena larga de autores con enfoques y perspectivas tan distintos como la antropología cultural, la psicología del trauma, la museología crítica o la más convencional historia de las culturas políticas para reencontrarnos con un sentido común que

venía peligrando. A partir de este libro de nuevo en España se va a poder escribir y fomentar la investigación sobre una dimensión esencial en el conocimiento del pasado sin tener que perder el tiempo armándose de razones acerca de que la memoria es un fenómeno social, incluso en sus manifestaciones individuales, y que las pautas de memoria instituidas, que afectan intensa y decisivamente a la calidad de la vida comunitaria en un mundo de ciudadanos, cambian dependiendo de los contextos históricos. Que no son, por tanto, susceptibles de abordajes simplistas, unidireccionales ni unidimensionales, y que su condición es la de fenómenos abiertos, radicalmente históricos.

Como mínimo los textos recogidos en *El estado y la memoria* avalan sobradamente la idea de que, así como no hay condición antropológica ciudadana sin memoria(s), tampoco hay estados nacionales modernos ajenos a alguna pauta singular de recuerdo, esa «buena memoria» oficial que Ricard Vinyes somete a escrutinio en el ensayo con el que contribuye al libro que también edita. El alcance del esfuerzo va sin embargo bastante más allá, desborda la calificación convencional de libro que abre «nuevas perspectivas» o pone de largo todo «un tema»: aquí lo que se está delineando son los contornos de toda una disciplina cargada de futuro, la del estudio de las manifestaciones de la memoria como nexo espacio-temporal y macro-micro de la identidad y el reconocimiento en la era del paradigma de los derechos humanos. Es por tanto de esperar que se convierta en objeto de investigación de primera fila para todos los interesados en el mejor conocimiento del pasado reciente, incluidos los historiadores profesionales españoles.

No es, sin embargo un libro de historia o prioritariamente para historiadores, aunque sus páginas están llenas de narraciones e interpretaciones acerca del pasado reciente; tampoco trata sobre el tópico de las relaciones entre historia y memoria. Lo que ofrece son otras cosas. Entre ellas, útiles definiciones relativas a las dimensiones jurídicas que acompañan el universo de la justicia transicional (en el artículo de Elizabeth Lira K.); asimismo reflexiones acerca de experiencias relacionadas con la movilización social contra la impunidad (a